



VISITA GUIADA “EINSTEIN, 50 HORAS EN ZARAGOZA”

PARANINFO

Cuando el lunes 12 de marzo de 1923 Albert Einstein llega a Zaragoza en un tren rápido procedente de Madrid, invitado por el Catedrático de Física Jerónimo Vecino, viene ya con el premio Nobel en sus manos. Hace tiempo que se le espera. De hecho, los primeros contactos para que visite nuestra ciudad comienzan tres años atrás. Incluso el mismísimo Santiago Ramón y Cajal le había escrito para ratificar tal invitación. Se le considera ya un sabio ilustre, una eminencia de alto prestigio intelectual, y será, sin duda, un ilustre huésped. A la estación acuden a recibirle con todos los honores, entre otros, el propio Jerónimo Vecino, el rector de la Universidad, Ricardo Royo Villanova, el Catedrático Antonio de Gregorio Rocasolano y el Decano de la Facultad de Ciencias, Gonzalo Calamita. Einstein es el físico más importante del siglo XX, y uno de los más relevantes de la historia. Su imagen se convierte en el icono mundial del científico por excelencia.

En dos días imparte un par de conferencias en el salón de actos de este Paraninfo, antigua sede de las Facultades de Medicina y Ciencias. En ellas, explica sus teorías, especial y general, de la relatividad. Aristóteles y Newton suponían que el espacio y el tiempo constituían un marco fijo, el mismo para todos los observadores y dentro del cual se verificaban todos los fenómenos naturales. Lo que Einstein viene a explicar y a demostrar en Zaragoza es que el tiempo en que vivimos y el espacio en que nos movemos no son conceptos fijos e inmutables sino que, por el contrario, son relativos y variables de un observador a otro. Las concepciones que hasta entonces se tenían del tiempo, del espacio y del Universo cambian radicalmente gracias a estas nuevas teorías.

Es un momento de gran inestabilidad política en Europa, pero es la época en la que comienza la edad de plata de la ciencia española. En los laboratorios de esta facultad, Antonio de Gregorio Rocasolano trabajaba desde 1915 en el estudio del movimiento Browniano, objeto de la tesis doctoral de Albert Einstein, y el Catedrático de Física



Jerónimo Vecino había introducido en sus clases las teorías de Einstein desde hacía tiempo. Las enseñanzas científicas de la universidad zaragozana estaban muy al tanto de las nuevas corrientes, y la predisposición y el anhelo de conocer que el sabio encuentra aquí revelan un prometedor estado espiritual de la ciencia española.

Dada la fama del personaje, y aunque el lenguaje científico requiera de ciertos conocimientos previos, el salón de conferencias se llena de un público de toda condición social, cultural y científica. Einstein no habla español, y tan sólo algo de francés, por lo que pide una pizarra para trazar fórmulas y esquemas que ayuden a la comprensión de sus complejas y abstractas explicaciones. Cuando las conferencias comienzan, se cierran las puertas de la sala, como para que nadie escape a la mitad. El rector, al terminar, pide que nadie borre los dibujos de la pizarra, que se fijen y conserven para generaciones venideras y que el propio Albert Einstein los firme. La tal reliquia desapareció, no se sabe ni cómo ni cuándo ni por qué. A día de hoy, sigue desaparecida.

CASINO MERCANTIL – CONSULADO

Aunque en su diario personal no anota nada sobre su visita a Zaragoza, sabemos que no todo es ciencia, sino que también hay tiempo para la vida social. Vida por la que él, según dicen, siente una cierta aversión, de la misma manera en que a los idiomas, que no son lo suyo, les tiene una cierta fobia. Pero es un mito por el que las gentes sienten devoción, y, como agradecido invitado que es, acepta de buen grado las invitaciones que se le hacen a cenas, fiestas o banquetes varios.

El Consulado alemán hace también las veces de residencia de los cónsules y estudio fotográfico del señor Gustavo Freudenthal, cónsul y reputado fotógrafo de la ciudad. En este edificio es donde los señores Freudenthal y su hija Margarita, la primera noche de estancia del sabio en la ciudad, improvisan una fiesta en la que la señorita Trini Castillo, referente entre las pianistas de la ciudad, homenajea al sabio con un recital en el que el propio Einstein, que es hijo a su vez de una pianista, la acompaña tocando el violín. Él mismo explica que la teoría de la relatividad se le ocurrió por intuición, y que la música es la fuerza que impulsa la intuición. En algún momento de la velada, el señor Freudenthal le hace a Einstein un retrato de estudio que será el que



adopte como oficial la Academia Sueca de Ciencias para la galería de galardonados con el Nobel, y del que hoy se expone una copia dedicada en el Paraninfo.

Al día siguiente, unos sesenta comensales, entre ellos catedráticos y académicos, el gobernador, el cónsul o el alcalde, se sientan a la mesa de Einstein en el banquete de homenaje que se le ofrece en el Casino Mercantil. Hay un breve discurso en alemán del filósofo Domingo Miral que enaltece al sabio así como la vitalidad de su país, y se le da noticia del interés con que en Zaragoza se procura aprovechar al máximo la ciencia alemana. Einstein, complaciente, agradece tales lisonjas, pero prefiere mostrar confianza en que su país llegue a salvar la crisis en que está sumido para hacer posible la necesaria reconstrucción europea. Dado que al día siguiente es su cuarenta y cuatro cumpleaños, Einstein invita a todos a brindar con champán al final del almuerzo.

Antes de que abandone la ciudad el tercer día, se celebra una pequeña fiesta en el hoy desaparecido Hotel Universo y de las Cuatro Naciones, de nombre rimbombante e internacionalista, situado en la calle Don Jaime. A la hora de la comida, un cuadro de Jota canta y baila brioso ante un emocionado Einstein, que no duda en dejar de lado su carácter calculador y especulativo para abrazar y besar en la frente y con entusiasmo a una de las jóvenes "baturricas" que lo han homenajeado. Quienes presencian la escena se emocionan, según se cuenta, ante el paternal gesto de quien de ordinario está sumido en grandes abstracciones y complejidades físicas, y con la mirada como perdida siempre en el horizonte.

PLAZA DE LAS CATEDRALES

Acompañado de varias personalidades, el segundo día de su visita, martes y 13, pasa una buena y entretenida mañana entregado con entusiasmo a las bellezas arquitectónicas zaragozanas. Se trata de una visita artística que le impresiona hasta el punto de afirmar que, pese a haber recorrido con anterioridad Barcelona y Madrid, donde pudo gustar del encanto del Arte que tan bien expresa la personalidad del país, sólo en Zaragoza ha percibido las palpitaciones del alma española. A la vista de sus monumentos, elogia a la ciudad y expresa las gratas impresiones que de ella se lleva. En esta Plaza de las Catedrales encuentra Einstein, y así lo dice, la expresión más robusta



y elocuente de la fisonomía regional aragonesa. Los catedráticos lo conducen al Pilar, donde visita el Joyero de la Virgen, a La Seo, que admira con especial detenimiento, y a La Lonja. En este callejeo, también lo acompañan hasta la Aljafería y a pasear por las afueras de la ciudad para admirar las bellezas de la huerta zaragozana.

TEATRO PRINCIPAL

Los Einstein asistieron a una función de la zarzuela cómica La viejecita, compuesta por el maestro Fernández Caballero con libreto de Miguel Echegaray. Al salir se retiraron paseando hasta su alojamiento que se encontraba muy cerca. Se alojaban en un hotel ya desaparecido, el hotel "Universo y de las Cuatro Naciones", que se encontraba en la calle Don Jaime, a la altura de la actual Plaza de Ariño.

UN ARTISTA-CIENTÍFICO NADA CONVENCIONAL

Lo que los zaragozanos que se cruzan con él de paseo pueden ver en él no es a un serio y profundo pensador alemán sino a un artista latino, como se dice de Einstein en su momento. Un artista-científico, nada convencional, que no responde en absoluto al estereotipo del hombre de ciencia. No es calvo, ni lleva gafitas redondas. Viste con modestia y sin empaque. Posee una enigmática pero dulce sonrisa. Su cabellera es ondulante y con algunas hebras de plata. Habla con calma, con una voz parsimoniosa y vacilante, y se acompaña con unos gestos de manos que parecen querer ilustrar sus ideas. Es la encarnación ideal del mensaje que lleva por el mundo: frente a la complejidad de sus ideas, la sencillez de su personalidad.

Albert Einstein, el conferenciante, el hombre en sociedad, el personaje, más parece, al verlo pasear por estas calles, un humilde profesor abstraído que un hombre de talento privilegiado. El gran sabio que es camina como un alumno despistado y vacilante que, ante las maravillas que contempla, busca las palabras precisas y las encuentra. Cuando el sabio pasa, dicen quienes lo ven pasear, lo hace como una luz estelar que brinda una lección de humildad ante la que los espectadores somos infinitamente pequeños.

Acaso sea complejo entender sus teorías, y tal vez en estas calles pudiera sucederle como le aconteció en Madrid, cuando una castañera le gritó a su paso: «¡Viva el inventor del automóvil!». Pero bien es cierto



que aquí interesan desde siempre las novedades de su pensamiento, pues no ha habido nunca en Zaragoza indiferencia alguna ante las iniciativas de los investigadores.

Texto del escritor Miguel Ángel Ortiz Albero